

JUAN PABLO II A LOS RELIGIOSOS

En esta nueva “guía de lectura”, ofrecemos una información resumida del magisterio del Papa Juan Pablo II, durante los meses de julio, agosto y setiembre de 1983. Está organizada en torno a los siguientes temas:

- **Llamada a la santidad.**
- **Año Santo. Penitencia.**
- **Los religiosos, signo de la redención.**
- **Los religiosos, signo del amor gratuito de Dios.**
- **Elementos comunes a toda vida religiosa. Vida comunitaria.**
- **Primacía de lo espiritual.**
- **Búsqueda de la verdad.**

Completamos las citas textuales con una lista de las homilias, discursos y alocuciones del Santo Padre a los religiosos, que han sido publicadas en este trimestre en el “*Osservatore Romano*”.

• **LLAMADA A LA SANTIDAD**

“La Iglesia presenta el Año de la Redención a todo el pueblo de Dios, como una llamada a la santidad, una llamada a la renovación y una llamada a la penitencia y conversión, porque “no puede darse renovación espiritual que no pase por la penitencia y la conversión” (*Aperite portas Redemptori*, 4). Pero esta llamada está vinculada *de un modo especial*, con la vida y misión de los religiosos. Por lo mismo, el Año Jubilar tiene un valor especial para los religiosos; los afecta de modo particular; les pide manifestaciones especiales de amor, recordándoles lo mucho que son amados por el Redentor y por su Iglesia. Para los religiosos tienen un significado especial estas palabras de la Bula Apostólica: “La gracia específica del Año de la Redención es, pues, un renovado descubrimiento del amor de Dios” (n. 8).

Por ello debemos proclamar constantemente y sin cansarnos que la vocación a la vida religiosa que Dios da, va unida a su amor personal para todos y cada uno de los religiosos. Es mi mayor esperanza que el Año Santo de la Redención sea de verdad para la vida religiosa un año de fructuosa renovación en el amor de Cristo. Si todos los fieles tienen derecho –como lo tienen– a los tesoros de la gracia que ofrece la llamada a la renovación en el amor, los religiosos tienen ese derecho por título específico” (*Osservatore Romano* N° 36, del 4 de septiembre de 1983).

“La Iglesia, como nos dice el Concilio Vaticano II debe recordar constantemente a todos la vocación a la santidad y debe también conducir a esta santidad a sus hijos y a sus hijas. Cuando esta santidad es afirmada de un modo solemne mediante la beatificación y especialmente la canonización, la Iglesia se alegra de una forma especial. Esta es en cierto sentido la máxima alegría que ella puede probar en su peregrinar por la tierra.

En la alegría de la beatificación de hoy participa de modo particular la familia carmelitana, a la que pertenecía el padre Rafael, y de la familia franciscana, especialmente la albertina, de la que fray Alberto fue el fundador.

Dice el Señor Jesús: “Como el Padre me amó, yo también os he amado; *permaneced en mi amor*” (Jn 15,9). He aquí dos discípulos del Maestro Divino, que han *descubierto* plenamente el camino de su peregrinación terrena el amor de Cristo y que han perseverado en este amor. La santidad, en efecto, consiste en el amor. Se basa en el mandamiento del amor. Dice Cristo: “Este es mi precepto: que os améis los unos a los otros como yo os he amado”. Y sigue diciendo: “Si guardáreis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor” (ibid. 10). La santidad es pues, una semejanza particular con Cristo. Es una semejanza mediante el amor. Mediante el amor permanecemos en Cristo, como Él mediante el amor, permanece en el Padre. La santidad es la semejanza con Cristo que alcanza el misterio de su unión con el Padre mediante el amor. El padre Rafael y Fray Alberto, desde los primeros años de su vida comprendieron esta verdad: que el amor consiste en dar el alma; que amando *hay que darse uno mismo* hay que “dar la vida” como dice Cristo a los Apóstoles. La Providencia divina condujo a cada uno de ellos por el propio camino. Józef Kalinowsky, antes de entrar en el noviciado de los carmelitas, después de la vuelta de Siberia, fue profesor de August Czartoryski, uno de los primeros salesianos que es también candidato a los altares.

Adam Chmielowski estudió pintura y durante diversos años se dedicó a la actividad artística, antes de encauzar su vida por el camino de la vocación que, después de las primeras tentativas en la Compañía de Jesús, lo llevaron a la Tercera orden Franciscana, donde tuvo su comienzo la vocación albertina.

Cada uno de ellos, por el propio camino, continuó poniendo en práctica estas palabras del Redentor y Maestro: “Nadie tiene mayor amor que éste de dar uno la vida...”. El padre Rafael dio esta vida en un severo convento carmelita sirviendo hasta el final, de forma particular en el confesonario. Fray Alberto la dio al servicio de los más pobres y necesitados. Uno y otro dieron hasta el fondo de su vida por Cristo. Uno y otro encontraron en Él la plenitud del conocimiento, del amor y del servicio.

Uno y otro pudieron repetir con San Pablo: “Todo lo tengo por pérdida a causa del sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por cuyo amor todo lo sacrifiqué” (*Flp* 3,8).

Ambos dan testimonio de este admirable misterio evangélico de la “kénosis”, del desasimiento, del despojo que abre la puerta a la plenitud del amor.

El padre Rafael escribió a su hermana: “Dios se dio todo por nosotros, como nosotros debemos sacrificarnos a Dios” (carta del 1 de julio de 1866 a la familia). Y fray Alberto confesó: “miro a Jesús en la Eucaristía, ¿su amor pudo darnos algo más bello? Si Él es pan, también nosotros nos convertimos en pan... nos damos a nosotros mismos”. De esta manera, cada uno de ellos es “Conquistado por Jesucristo” (*Flp* 3,12).

... “Venimus, Vidimus. Deus vicit”. Vinimos. Vimos. Dios triunfó. Aquí en Cracovia reposa el rey que pronunció estas palabras: Juan III Sobiesky. Las he recordado al principio de mi peregrinación. Y las repito una vez más porque son los santos y los beatos los que nos muestran el camino hacia la victoria que Dios trae a la historia del hombre. *En Jesucristo el hombre ha sido llamado a la victoria*: a esa victoria que consiguieron el p. Maximiliano y fray Alberto, el p. Rafael y la M. Úrsula, en grado heroico. Su elevación a los altares en tierra natal es signo de la fuerza de Dios, que es más fuerte que toda debilidad humana, y que toda situación, sin excluir la prepotencia. Os pido que llaméis *por su nombre* a estas debilidades, a estos pecados, a estos vicios, a estas situaciones.

Que no permitáis ser absorbidos por la ola de inmoralidad e indiferencia. Que no caigáis en la postración espiritual... Debéis ser fuertes con la fuerza que brota de la fe. Debéis ser fieles. Hoy más que en cualquier otra época, tenéis necesidad de esta fuerza. Debéis ser

fuertes con la fuerza de la esperanza que lleva consigo la perfecta alegría de vivir y no permite entristecer al Espíritu Santo. Debéis ser fuertes con la fuerza del amor, que es más fuerte que la muerte... “todo lo espera, todo lo tolera, la caridad jamás decae” (I Co 13,4-8). De esta fe, esperanza y caridad fueron fuertes Maximiliano, Rafael, Ursula y Alberto” (*Osservatore Romano* N° 28, del 10 de julio de 1983).

- **AÑO SANTO. PENITENCIA**

“El Jubileo extraordinario de la Redención nos hace caminar a todos hacia aquel *primer amor* con el que Dios Padre “tanto amó al mundo que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna” (Jn 3,16). Cristo dice sobre este amor: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo. Permaneced en mi amor”. El año de la redención tiene como objetivo reavivar este amor, especialmente el “permanecer en el amor” del Redentor. Para alcanzar este amor y de este modo profundizar y renovar el propio amor buscando los caminos de la conversión y de la reconciliación con Dios en Jesucristo” (*Osservatore Romano* N° 28, del 10 de julio de 1983).

“... En la cruz ha descendido a la humanidad, de una vez para siempre, el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; un amor que nunca se agota. *Convertirse* significa entrar en contacto con ese amor y acogerlo en el propio corazón y significa construir sobre la base de ese amor, nuestra conducta futura” (*Osservatore Romano* N° 38, del 18 de septiembre de 1983).

...“El Año Santo nos invita a redescubrir las riquezas de la salvación y nos convoca a un propósito personal de renovación por medio de la penitencia y la conversión. Nos lleva a redescubrir el sentido del pecado y a tomar conciencia de que somos pecadores. Nos lleva a descubrir de nuevo el sentido de Dios.

Esta actitud de conversión se hará patente sobre todo en un acercamiento más sincero a los sacramentos, y nos urgirá a practicar la caridad que se basa en la verdad y promueve la justicia. Quisiera poner de relieve en este punto la vinculación real y profunda existente entre la vida fraterna del religioso y el tema del Año Santo. Lo ilumina perfectamente el nuevo Código de derecho canónico: “El religioso dará ejemplo de reconciliación universal en Cristo, a través de su unión fraterna basada y enraizada en la caridad” (canon 602)” (*Osservatore Romano* N° 31, del 31 de julio de 1983).

... “Para llegar a la contemplación, San Ignacio os pide ser hombres de oración, para ser también maestros de oración; asimismo que seáis hombres de mortificación para ser a la vez signos visibles de los valores evangélicos. *La austeridad de vida* pobre y sencilla sea signo de que vuestro único tesoro es Cristo; la renuncia, con gozosa fidelidad, a los afectos familiares, sea signo del amor universal que abre puramente nuestros corazones a los hermanos; la obediencia por motivos de fe sea signo de vuestra estrecha imitación de Cristo, que se hizo obediente hasta la muerte de cruz: la unión fraterna superando toda oposición y contraste, sirva de ejemplo en la Iglesia en este año en que celebramos no sólo el Jubileo de la Redención, sino también el Sínodo de la Reconciliación” (*Osservatore Romano* N° 37, del 11 de septiembre de 1983).

... “Me parece que una cosa que no puede ser cambiada o sustituida es, ante todo, *el espíritu de renuncia*, propio del “poverello” de Asís... No se puede vivir en plenitud vuestro carisma, sin tener bien impresas en vuestro corazón las palabras del Señor: “Cualquiera de vosotros que no renuncie a todos los bienes, no puede ser mi discípulo” (Lc 14,33). Por eso debéis buscar la pobreza alegre, el recogimiento interior, la vida transparente y casta, la *penitencia voluntaria* y la serena sumisión a los superiores, que son signos manifestativos de la voluntad de Dios” (*Osservatore Romano* N° 31, del 31 de julio de 1983, pág. 9).

... “El *ethos* de la redención, está caracterizado por una fuerte tensión ascética, de lucha y combate cristianos, contra todo lo que nos impida “vestirse del Señor Jesucristo”. Dice el Apóstol: “¿No sabéis que todos corren pero uno solo alcanza el premio? “Corred, pues, de modo que lo alcancéis. Y quien se prepara para la lucha, de todo se abstiene, y eso para alcanzar una corona corruptible; mas nosotros para alcanzar una incorruptible” (1 Co 9,24-25).

Sólo gracias a este combate espiritual, la “forma de Cristo” puede penetrar en todos los estratos de la persona humana redimida y salvaguardar su libertad de adhesión al bien. Por la ascesis el vínculo de la libertad con la verdad se robustece y se revigora con firmeza cada vez mayor” (*Osservatore Romano* N° 36, del 4 de septiembre de 1983).

- **LOS RELIGIOSOS, SIGNO DE LA REDENCIÓN**

“Por vocación, los religiosos están íntimamente ligados a la Redención. En su consagración a Jesucristo, son un signo de la redención que Él realizara. En la economía sacramental de la Iglesia, se convierten en instrumentos que llevan esta redención al Pueblo de Dios. Lo realizan a través de la vitalidad que irradia de sus vidas, vividas en unión con Jesús, que sigue repitiendo a sus discípulos: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos” (*Jn* 15,5). Los religiosos ponen al pueblo de Dios en contacto con la redención por medio del testimonio evangélico eclesial que, con la palabra y el ejemplo, dan el mensaje de Cristo. Su comunión con las Iglesias locales y la Iglesia universal, tiene una eficacia sobrenatural en virtud de la redención. La importante colaboración que ofrecen a la comunidad eclesial, ayuda a vivir y a perpetuar el misterio de la redención, especialmente a través del Sacrificio eucarístico, en el cual se prolonga la obra de la redención permanentemente” (*Osservatore Romano* N° 34, del 4 de setiembre de 1983).

- **LOS RELIGIOSOS, SIGNO DEL AMOR GRATUITO DE DIOS**

“Vuestra vida religiosa es, ante todo, una vida consagrada a Dios. Yo diría que una manifestación de esta consagración es la gratuidad en el amor. Vosotras sois ante el mundo, testimonio privilegiado del *carácter gratuito del amor*, y esto es, sin duda, lo que más desea Dios para este mundo antes de tener en cuenta vuestra “utilidad” para la sociedad; esto es lo que la Iglesia espera de vosotras, para su testimonio, antes de fijarse en vuestros múltiples y eficaces. La vocación religiosa que vosotras habéis sentido y que ha sido sometida a prueba por vuestra consagración, es *ante todo un don gratuito* del amor de Dios. Y vuestra respuesta de amor al Señor debe estar marcada también por este carácter gratuito. Mediante el don de vuestra vida a Cristo como al Esposo, hacéis patente que el Señor debe ser amado por sí mismo, que el Reino de Dios –con su aparente locura– merece que se consagre a Jesús la propia vida, que las realidades del más allá existen tan intensamente que vosotras queréis vivirlas de antemano, ya en esta vida. Si sois contemplativas, este aspecto resulta evidente: el carácter gratuito de vuestra vida de oración y penitencia, llama la atención, seduce e irrita al mundo, pero *no le deja nunca indiferente*, sobre todo en nuestro tiempo. Si lleváis en cambio una vida activa, la gente ha de poder reconocer fácilmente en vosotras a Aquél a quien habéis consagrado vuestra vida.

Ciertamente vuestra actividad será fecunda en la Iglesia. Y quizá la más fecunda. Pero vosotras no debéis buscar esa fecundidad a cualquier precio; esta fecundidad aunque sea apostólica: *vendrá por añadidura*. Como en la vida de la Virgen María. Como en la vida de Bernardita. A Bernardita le bastó amar. Su vida religiosa puede haber parecido miserable por lo que se refiere a su salud e inútil cuando estaba en Nevers. Al contrario. De hecho el testimonio que ella ha dejado al mundo es singularmente puro y transparente” (*Osservatore Romano* N° 34, del 21 de agosto de 1983).

- **ELEMENTOS COMUNES A TODA VIDA RELIGIOSA – VIDA COMUNITARIA**

“La enseñanza de la Iglesia sobre la vida religiosa ha sido delineada en los grandes documentos del Concilio vaticano II, particularmente en la *Lumen gentium* y en la *Perfectae caritatis*. Posteriormente se ha desarrollado en la *Evangelica testificatio*, en las enseñanzas de mi predecesor Pablo VI, y en aquellas que yo mismo he impartido en muchas ocasiones. Ahora, la mayor parte de esta riqueza doctrinal ha cristalizado y se halla reflejada en el nuevo Código de Derecho Canónico. Los elementos fundamentales se viven de diferentes maneras en los diversos institutos. No obstante, existen elementos que son comunes para todas las formas de vida religiosa y que la Iglesia considera como esenciales. Estos elementos incluyen: una vocación dada por Dios, una consagración eclesial a Jesucristo por medio de la profesión de los consejos evangélicos por votos públicos, una forma estable de vida comunitaria aprobada por la Iglesia, la fidelidad al carisma fundacional específico y a las sanas tradiciones, la participación en la misión de Cristo por medio del apostolado corporativo, la oración personal y litúrgica, especialmente en el culto eucarístico, el testimonio público, la formación permanente, una forma de gobierno que, basada en la fe, reconoce a la autoridad religiosa una relación especial con la Iglesia.

La fidelidad a estos principios básicos, señalados en las constituciones aprobadas por la Iglesia, garantiza la consistencia de la vida religiosa y fundamenta nuestras esperanzas en su futuro desarrollo” (*Osservatore Romano* N° 36, del 4 de setiembre de 1983).

“Os exhorto a no olvidar nunca que el apostolado religioso es, por su naturaleza, comunitario: el testimonio que da una religiosa no puede ser puramente individual; es comunitario, y todas las religiosas están llamadas a ejercitar el apostolado en la línea del carisma reconocido por la Iglesia y por mandato de sus legítimas superiores.

No se trata de una simple dependencia disciplinar, sino de una *realidad de fe*. Debemos recordarnos incesantemente que estamos en la Iglesia, incorporados íntimamente en ella, ordenados a su misión, inseparables de su vida y de su santidad, como enseña la *Lumen Gentium*” (*Osservatore Romano* N° 31, del 31 de julio de 1983).

“La Palabra de Dios nos lleva al silencio, hacia nosotros mismos, al encuentro con Él, pero no nos separa unos de otros. La Palabra de Dios no aísla, sino une. En el silencio de su diálogo con el ángel, María tiene conocimiento de la maternidad de Isabel. Desde el silencio de ese diálogo se pone en camino hacia las montañas de Judea. Dios no se limita a llamar, sino que ayuda además a los llamados a comprenderse recíprocamente en la respectiva vocación y a aceptarse mutuamente.

Jesús quiere que los llamados estén con Él, pero no como individuos aislados sino *en comunidad*. Esa comunión comprende tanto la vida de fe como la vida cotidiana. Esta dimensión resulta evidente en vuestro caso, religiosos y religiosas. Vosotros vivís, aún más que los otros, según el ejemplo de la iglesia primitiva en la que. “la muchedumbre de los creyentes tenía un corazón y un alma sola” (Hch 4,32). Cuanto más logréis vivir en vuestras comunidades con auténtico amor, tanto más enérgicamente daréis testimonio del carácter fidedigno del mensaje cristiano.

... “Queridos candidatos al sacerdocio, novicias y novicios. *Queremos abrirnos con vosotros* a “lo que el Espíritu dice a las Iglesias” (*Ap 2,29*). Pero al mismo tiempo os pido: *vivid vuestro ideal ya desde ahora*; y concretamente este ideal de comunión, en la vida de fe, en el estudio y en el tiempo libre. Cuanto más espíritu comunitario exista entre los religiosos y sacerdotes, tanto más eficaz será su ministerio. Del modo en que vivan la comunión dependerá además que más jóvenes se decidan a abrazar la vocación religiosa o sacerdotal. Allí donde hay conventos vivos; allí donde los Pastores conviven fraternalmente;

allí donde los sacerdotes y laicos se mantienen en la unidad del Cuerpo de Cristo, es donde hay más vocaciones” (*Osservatore Romano* N° 39, del 25 de septiembre de 1983).

- **PRIMACÍA DE LO ESPIRITUAL**

“Con serenidad y gozo sed siempre fieles a vuestra opción que, para la Iglesia entera y para el mundo es una interpelación continua y apremiante a la *prioridad de lo espiritual*. Con esta perspectiva asumen significado emblemático los “consejos evangélicos”, por los que no sólo estáis muertas al pecado, sino que además vivís solo para Dios. Toda vuestra vida está al servicio de Dios y ello constituye una *consagración especial* que ahonda sus raíces en la consagración bautismal y es su expresión más perfecta (cf P.C. 5).

Consagradas al servicio de Dios, estáis también al servicio de la Iglesia. Esta actitud de “ministerio” debe estar sostenida y animada por la oración constante, estudio y meditación continua de la Palabra de Dios y caridad mutua (*Osservatore Romano* N° 35, del 28 de agosto de 1983).

“El primero de estos principios es la afirmación de la primacía absoluta de Dios en la inteligencia, corazón y vida del hombre. Bien sabéis cómo respondió santo Domingo a esta exigencia de fe en su vida religiosa: “Habla sólo de Dios o con Dios”.

También sabéis cómo a nivel de doctrina Santo Tomás de Aquino enfocó esta primacía de Dios comenzando por las Sagradas Escrituras y los Padres de la Iglesia y cómo la sostuvo con la fuerza y solidez de su pensamiento metafísico y teológico, utilizando la analogía del ser que consiente reconocer el valor de la criatura pero bajo la dependencia del amor creador de Dios.

Y a nivel de espiritualidad, santo Tomás pertenece enteramente a la escuela de su padre santo Domingo cuando define a los religiosos como “quienes se entregan plenamente al servicio de Dios, ofreciéndose a Dios, en holocausto” (*Summa Theologica* q. 186, arts. 1 y 7).

Si no se acepta esta subordinación, si se exalta la grandeza del hombre en detrimento de la primacía de Dios, se llega al fracaso de las ideologías que proclaman la autosuficiencia del hombre y dan origen a la proliferación de errores, cuyo peso sufre el hombre moderno sin conseguir sacudir el yugo cultural y psicológico de aquéllas. Los fundamentos de la vida moral y social vacilan por doquier, y a nivel religioso es patente una especie de insensibilidad o indiferencia respecto de Dios. Hasta se puede hablar con frecuencia de incapacidad para afrontar esta “lucha con Dios” que, como nos enseña la historia de Jacob, es la expresión más alta de la tensión del hombre llamado a caminar hacia una meta que trasciende la historia, mientras en ésta debe vivir, trabajar, afrontar pruebas y vencer los retos del tiempo que pasa y de la muerte que se sigue. Podría hablarse de alienación del hombre, de pérdida de su dignidad y capacidad de esperanza, aun cuando la ideología le prometa liberación.

Los dominicos tienen la misión de proclamar que nuestro Dios está vivo, que es el Dios de la vida y que en Él se encuentra la raíz de la dignidad y esperanza del hombre, que está llamado a la vida.

Esto lo llevan a cabo en cuanto religiosos con el testimonio de su vida “totalmente consagrada en holocausto a Dios”. Lo hacen Vds. cual maestros y predicadores, sólo si su teología y su catequesis, como el kerigma de los Apóstoles, produce choque y ruptura en el sistema cerrado en que se halla el hombre, a punto de perderse en la frontera del nihilismo. Su proclamación debe dirigirse al hombre tal y como está constituido por la cultura, vida

social, personalidad y conciencia, y debe aportarle el poder liberador de Dios” (*Osservatore Romano* N° 38, 18 de setiembre de 1983).

“Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor”. Con esta frase el Evangelista Lucas lanza una mirada retrospectiva desde la casa de Isabel a la habitación de Nazaret, desde el diálogo entre las dos mujeres al hablar de Dios. Dios es quien abre el diálogo con la Santa Virgen, con la humanidad. *Lo primero es siempre el hablar de Dios*. “Al principio era la Palabra”. Por ello, queridos sacerdotes y religiosos, en nuestra vida espiritual lo primero debe ser oír. Primero se debe acoger la Palabra de Dios; sólo después podemos obedecer.

Silencio y recogimiento, lectura espiritual y reflexión son elementos irrenunciables de nuestro camino y ministerio como oyentes y anunciadores de la Palabra hecha carne. En este terreno María constituye un ejemplo y una ayuda para nosotros. Los Evangelios la presentan como la gran silenciosa; como la silenciosa oyente. Su silencio es el seno de la Palabra. Lo guarda todo y lo deja madurar en su corazón. Al igual que en la escena de la Anunciación, oír a Dios se convierte automáticamente en un diálogo con Dios, en el que nos podemos dirigir a Él y en el que Él nos escucha.

¡Decid pues ante Dios todo lo que os preocupa! Llenos de alegría, dadle gracias por lo que Él ha hecho en vosotros y por lo que Él va dando día a día a los demás a través de vosotros. Presentad ante Él la solicitud por las personas, los niños y jóvenes, matrimonios, ancianos y enfermos a vosotros encomendados. Presentadle las dificultades y fracasos en nuestro ministerio, todas vuestras necesidades y sufrimientos personales.

Queridos sacerdotes y religiosos: *la oración es un elemento insustituible de nuestra vocación*. Es tan esencial que, por su parte, muchas otras cosas que parecen más urgentes deben y tienen que ser pospuestas. Aun cuando vuestra vida cotidiana al servicio de los hombres esté muchas veces llena de trabajo hasta el exceso, no deben faltar en ella momentos adecuados de silencio y oración. La oración y el trabajo no deben nunca separarse. Si reflexionamos diariamente ante Dios sobre nuestro trabajo y se lo encomendamos, ese mismo trabajo se convierte en definitiva en oración.

¡Aprended a orar! Aprovechaos sobre todo de las riquezas del Oficio divino y de la Eucaristía, que debe acompañar de modo especial vuestro trabajo cotidiano. Aprended a orar en la escuela del mismo Señor, de modo que os convirtáis en “maestros” de oración y podáis además *enseñar a orar* a aquellos que os están encomendados. Si enseñáis a los hombres a orar, los llevaréis a volver a expresar su fe, muchas veces oculta. Por la oración los reconduciréis a Dios y volveréis a dar a su vida apoyo y sentido.

Lleno de esperanza os contemplo a vosotros, queridos candidatos al sacerdocio, novicias y novicios. Vuestros mismos seminarios y noviciados deberían ser lugares de reflexión, de oración y de la ejercitación en el trato familiar con el Señor. Conozco las nuevas ansias de rezar bien que os embargan; sé que buscáis nuevas vías para lograr que vuestra vida sea cada vez más penetrada por la oración. ¡Unidos a vosotros, todos nosotros queremos volver a aprender a orar! Dejémonos arrastrar por el Salmista de la Antigua Alianza que pide: “Una cosa pido al Señor, esa deseo: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar el encanto del Señor y visitar su santuario” (*Sal 27,4*) (*Osservatore Romano* N° 39, 25 de setiembre de 1983).

- **BÚSQUEDA DE LA VERDAD**

“Os digo a vosotros y a todos los miembros de vuestra Orden, con el mismo ardor de san Agustín: “Amad total y cordialmente la verdad. Amad la verdad por encima de todo,

sintiendo viva comprensión por la sociedad moderna en la que vivimos. La humanidad de hoy está llena de personas que como san Agustín buscan la verdad, y por lo tanto el sentido de su propia vida, el significado de la historia siempre tan turbulenta e imprevisible, y ahora también el motivo del mismo universo, que escapa al conocimiento definitivo de la ciencia. Recordad aquello que escribía el santo en las “Confesiones”: “Yo mismo me había convertido en un gran enigma; preguntaba a mi alma por qué estaba triste y me torturaba tanto, pero nada sabía responderme” (IV, c. 4).

¡Qué actuales resultan hoy estas palabras! Hace veinte años, en el discurso de apertura del Concilio Vaticano II, decía Pablo VI: ... “Mientras el progreso perfecciona admirablemente los instrumentos de todo género de que dispone el hombre, su corazón declina hacia el vacío, la tristeza y la desesperación”. Afirmaciones dramáticas, pero dolorosamente verdaderas. Y aún permanece también verdadero y todavía se hace más acuciante el grito de San Agustín: “*Fecisti nos ad Te, Domine et inquietum cor nostrum donec requiescat in Te*”. Del impresionante fenómeno de la “secularización” debe surgir el fenómeno de la “maduración” de la fe, es decir, de la personalización, mediante la investigación y el individual convencimiento. El hombre problemático que busca y el cristiano de hoy que exige claridad y certeza deben ser comprendidos, amados y ayudados.

Amad, además, la verdad sobre todo con el escrúpulo de la ortodoxia, escuchando ávidamente al maestro que habla en lo más íntimo de cada uno, y permaneciendo estrechamente unidos a la Iglesia, Madre de salvación. “Esté Cristo en tu corazón, nadie más –prevenía el obispo de Hipona–, que su unción esté en tu corazón, a fin de que el corazón no se encuentre solo y sediento y no tenga fuentes donde apagar su sed. El Maestro que nos enseña está dentro de nosotros; ¡es Cristo! Si falta su inspiración y su unción, en vano desde fuera resonarán las palabras”. Pero es la Iglesia la que debe guiar por el camino de la verdad: sobre esto san Agustín es claro y categórico: “*Quantum quisque amat Ecclesiam Christi, tantum habet Spiritum Sanctum*”, “*Non habet Dei caritatem, qui Ecclesiae non diligunt unitatem*”.

Actuad de tal modo que seáis y sembréis siempre “buen grano”, de modo tal que cualquiera que escuche vuestra palabra y vuestros consejos pueda sentirse confirmado en la verdad, confortado en el amor a Cristo y a la Iglesia, alegre de caminar hacia la ciudad celeste.

Amad, por fin, la verdad dedicándoos cuidadosamente al trabajo de vuestra perfección. La dimensión contemplativa es la principal de vuestra Orden, en función, después, de vuestra vida activa, en la enseñanza y en la caridad. San Agustín deseaba una cuidadosa preparación en las ciencias sagradas, especialmente en la Sagrada Escritura, para poder desempeñar de modo adecuado el propio ministerio sacerdotal; y daba un gran valor a la vida comunitaria, para un mayor perfeccionamiento mediante la ayuda recíproca. San Agustín enseña que el apóstol debe ser sobre todo “orante”, después predicador. A este respecto es preciso subrayar la necesidad de austeridad de vida, de la seriedad, del sentido de la disciplina, de la santa valentía tanto para exigir en el nombre de Cristo y de la Iglesia como para obedecer. Particularmente un agustino debe recordar que somos instrumentos y colaboradores de la “gracia” de Dios. Parece que san Agustín en todas sus obras, inagotables minas para la meditación y para la elevación, quiera continuamente decirnos que, aun cuando es necesario ciertamente buscar el entender cada vez más, es sin embargo mucho más importante siempre amar más: “Más amarás y más te elevarás”. Por eso, amar la verdad significa en concreto amar la santidad. “Cuando comiences a sentirte turbado –nos dice él– despierta a Cristo que duerme: reanima de nuevo tu fe y comprende que él no te abandona” (*Osservatore Romano* N° 37, del 11 de septiembre de 1983).

LISTA DE LAS HOMILÍAS, DISCURSOS Y ALOCUCIONES DEL PAPA EN EL TRIMESTRE JULIO–SEPTIEMBRE 1983

- Homilía durante la Misa de beatificación de Rafael Kalinowsky y Alberto Chmielowsky, en Polonia. (*Osservatore Romano* N° 28, del 10 de julio).
- Alocución del Papa a los religiosos de la Tercera Orden regular de San Francisco. (*Osservatore Romano* N° 30 del 24 de julio).
- Discurso del Santo Padre a la Asamblea internacional de superiores generales. (*Osservatore Romano* N° 31 del 31 de julio).
- Discurso de Juan Pablo II a los miembros del Capítulo General de los frailes menores conventuales. (*Osservatore Romano* N° 31 del 31 de julio).
- Discurso del Papa a los padres rogacionistas y religiosas hijas del Divino Cielo. (*Osservatore Romano* N° 31 del 31 de julio).
- Discurso del Santo Padre al Capítulo general de los padres vocacionistas. (*Osservatore Romano* N° 33 del 14 de agosto).
- Alocución del Santo Padre a las religiosas en la basílica del Rosario, el 15 de agosto. (*Osservatore Romano* N° 34 del 21 de agosto).
- Exhortación a las religiosas en la Visita Pastoral del Papa a Palestina. (*Osservatore Romano* N° 35 del 28 de agosto).
- Orientaciones para la vida eclesial y la acción apostólica de los religiosos y las religiosas. Mensaje del S. Padre a los Obispos de EE.UU. (*Osservatore Romano* N° 36 del 4 de setiembre).
- Orientaciones del Romano Pontífice a la Compañía de Jesús. (*Osservatore Romano* N° 37 del 11 de setiembre).
- Discurso de Juan Pablo a los agustinos al comienzo de su capítulo general. (*Osservatore Romano* N° 37 del 11 de setiembre).
- Orientaciones eclesiales del Romano Pontífice a los dominicos. (*Osservatore Romano* N° 38 del 18 de setiembre).
- Reflexiones sobre el sacerdocio y la vida religiosa. Homilía durante la Misa celebrada en Mariazell (*Osservatore Romano* N° 39, del 25 de setiembre).

Uruguay